

Chapter Title: LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES GENÉRICAS Y SEXUALES. LA NATURALEZA PROBLEMÁTICA DE LAS IDENTIDADES

Chapter Author(s): Jeffrey Weeks

Book Title: Sexualidades en México

Book Subtitle: algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales

Book Editor(s): Ivonne Szasz, Susana Lerner

Published by: Colegio de Mexico. (1998)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctvhn0bgv.12>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>. Funding is provided by National Endowment for the Humanities, Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



Colegio de Mexico is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Sexualidades en México*

JSTOR

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES GENÉRICAS Y SEXUALES. LA NATURALEZA PROBLEMÁTICA DE LAS IDENTIDADES

JEFFREY WEEKS

INTRODUCCIÓN

Mi objetivo en este trabajo es explorar la cuestión de las identidades genéricas y sexuales, a la vez que mostrar cómo ellas son conformadas por una historia compleja, más que proporcionadas, ya acabadas por la naturaleza. En este contexto, entiendo por identidad el sentido del yo en relación con el sentido de ser hombre o mujer, lo cual es, al mismo tiempo, privado —relativo a nuestra subjetividad—, y público —que toma su lugar en un mundo de significados sociales y relaciones de poder.

Las identidades genéricas y sexuales, como trataré de mostrar, son sumamente ambiguas, y pareciera que las necesitamos por el sentido de armonía y coherencia interior que nos proporcionan, y por el sentido de ubicación que brindan a nuestras vidas, tanto en lo público como en lo privado. Las identidades nos perturban gravemente, las defendemos y las cuestionamos sin cesar. La reciente oposición a la rigidez de las identidades en el discurso occidental —exhibida por el impacto del feminismo y el surgimiento de una política sexual, pero que es el resultado de cambios de más largo plazo—, muestra que las identidades no son hechos dictados por la naturaleza, sino fenómenos históricos, políticos y culturales. A la vez, el rechazo a la visión naturalista de la identidad ha producido fuertes reacciones en favor de la reafirmación de las características genéricas y sexuales tradicionales. No podemos vivir sin identidades. Pero con frecuencia, tampoco podemos vivir con las identidades que la sociedad intenta imponernos. Así, las identidades muestran, de manera simultánea, necesidad y posibili-

dad, imposición y decisión. Quiero mostrar que la cuestión de la identidad nos conduce al núcleo de los dilemas contemporáneos sobre la sexualidad. Aunque reconozcamos la naturaleza histórica de la sexualidad, nos es difícil escapar del legado histórico de la herencia sexual.

Hay, por supuesto, muchas historias y muchas culturas, y, por tanto, muchas formas de identidad genérica y sexual. Las que han surgido en los países del sur son, con frecuencia, distintas de las que ahora dominan en los países del norte, aun cuando hay más patrones en común de lo que solemos suponer. Hay, desde luego, algunas constantes que cruzan las divisiones económicas y sociales del mundo. Es difícil encontrar sociedades donde la dominación masculina y la subordinación femenina no estén presentes, de una u otra forma, a pesar de que los códigos éticos y morales que circunscriben estas relaciones tengan variantes mayores. De igual manera, las actitudes culturales relativas a la división entre homosexualidad y heterosexualidad varían notablemente. Como veremos, la codificación de tal división puede ser rastreada históricamente, y, además, no todas las culturas hacen la misma distinción. Las culturas varían en su tolerancia hacia las distintas formas del comportamiento homosexual, sin embargo, muy pocas sociedades han estado dispuestas a aceptarla completamente entre sus normas morales.

A pesar de la diversidad en el mundo, parecen existir unos límites muy rígidos para la libre elección de las identidades genéricas y sexuales, y a la vez es importante reconocer que tales identidades cambian a través del tiempo, y que de hecho están cambiando ante nuestros ojos bajo el impacto de intensos cambios económicos, sociales y culturales. Quiero compartir algunos análisis de estos cambios cuyos ejemplos se basan, en gran medida, en la historia europea y norteamericana; tengo la esperanza, sin embargo, de que mis apreciaciones reflejen algo de la situación mexicana. Déjenme comenzar con un ejemplo tomado de la Francia de mediados del siglo XIX.

EL CASO DE LA POBRE HERCULINE

Uno de los trabajos más intrigantes de Michel Foucault es su *dossier* sobre las memorias de una hermafrodita francesa del siglo XIX,

Herculine Barbin. Foucault resume la trágica historia en los siguientes términos:

Educada como una muchacha pobre y meritoria en un medio casi exclusivamente femenino y muy religioso, Herculine Barbin, apodada en su entorno Alexina, había sido reconocida finalmente como un “verdadero” muchacho. Obligada a cambiar de sexo legal, después de un procedimiento judicial y una modificación de su estado civil, fue incapaz de adaptarse a su nueva identidad y acabó por suicidarse. Me atrevería a decir que la historia es banal si no fuera por dos o tres aspectos que le otorgan una particular intensidad (Foucault, 1980:xi).¹

Alexina —o Herculine— nació con un sexo indeterminado, es decir, con características corporales que dificultaban establecer con claridad si la criatura era niño o niña. Era un caso anómalo, no muy común —ni en ese tiempo ni ahora—, pero, ciertamente, no desconocido. En este caso el cuerpo era ambiguo, no revelaba una verdad evidente. La tesis de Foucault es que, aunque torpe y sin la gracia de una niña “normal”, Herculine pudo ser aceptada los primeros años de su vida dentro de un ambiente social y sin un estigma especial. Ella vivió el “limbo feliz de la no identidad” (Foucault, 1980:xiii).

Posteriormente, sin embargo, esas “dos o tres cosas” mencionadas por Foucault forzaron una elección respecto a la identidad. Se volvió necesario insistir en un “verdadero sexo”, sin importar las consecuencias. El principal de esos factores —indica Foucault— puede situarse en el siglo XIX en la década de los sesenta, que fue cuando la tragedia ocurrió: se mostró un nuevo interés de los doctores, abogados y otros similares (lo que marca el nacimiento de la sexología) por fijar y clasificar los diferentes tipos y características sexuales, con el objeto de definir lo que sería considerado normal. Foucault señala que, desde mediados del siglo XIX, creció una disposición exagerada para definir la verdad de una persona a través de la definición de su sexo y su verdadera sexualidad, basada en la clara evidencia de su cuerpo. Y puesto que Alexina tenía cierta evidencia de un cuerpo masculino, es decir, un pequeño pene, “ella” se tuvo que convertir en “él”.

¹ Cito la traducción del francés al castellano, tomada de Michel Foucault, *Herculine Barbin, llamada Alexina B.*, Editorial Revolución, Madrid, 1985, pp. 15-16. (N. del T.)

Debido al propósito del presente trabajo, podemos dejar a un lado la cuestión de si el *dossier* nos da una imagen completa de los procesos involucrados, o de cuán representativa fue Herculine Barbin del nuevo fervor clasificador. En cambio, este caso puede ser visto como el símbolo de un proceso más amplio: un complejo e imbricado proceso, mediante el cual la tajante definición de las características “verdaderas” de lo masculino y lo femenino fueron asociadas con el nuevo fervor por definir lo “normal” y “anormal” en los discursos político, médico y judicial. Por supuesto, al definir lo anormal (en este caso, una niña con evidencias de masculinidad) se volvió posible el intento de definir lo completamente normal (una total correspondencia entre el cuerpo y la identidad genérica aceptable por la sociedad).

Como ya hemos visto, una manera característica de ver este movimiento consiste en entenderlo como el proceso de descubrir los hechos verdaderos de la sexualidad humana, mediante una nueva ciencia objetiva. Foucault, como otros que han explorado la sexualidad de la modernidad, afirma mucho más: este proceso es el resultado de una nueva configuración del poder, que requiere ubicar a las personas mediante la definición de su verdadera identidad, una identidad que exprese totalmente la verdad de sus cuerpos.

La crisis personal que Herculine/Alexina enfrentó puede ser vista como un modelo de las formas en las cuales el desarrollo personal, la apariencia y el deseo entran —con frecuencia— en conflicto con los convencionalismos sociales, los cambiantes valores culturales y los nuevos imperativos políticos y morales. Una forma de vida que pudo ser vista como no ortodoxa, pero que era posible de vivir dentro de los confines de una pequeña comunidad, repentinamente se volvió insostenible cuando fue confrontada con grandes cambios e imperativos sociales. En la Europa del siglo XIX, esos imperativos incluían la estricta definición del género, esto es, ser un hombre o una mujer, a lo cual llamaré *institucionalización de la heterosexualidad*.

Sexo y género están conectados íntimamente en los principios de nuestra cultura. Masculinidad y feminidad son, en gran medida, definidos en referencia a la elección del objeto con quien uno tendrá actividad sexual. Ser un hombre es tener sexo con una mujer, mientras la sexualidad femenina ha sido tradicionalmente definida como subordinada o reactiva a los impulsos sexuales del hombre. Aun cuando el hombre tenga relaciones sexuales con

otro hombre se concibe que uno de los actores deberá tener la cualidad de una mujer, ya sea por una cuestión de edad (un joven o una persona menos madura), o por su feminidad reconocible a través de, por ejemplo, sus manierismos, travestismo o al ocupar el espacio social de una mujer honorífica. De manera similar, el lesbianismo ha sido definido como la manifestación de algún elemento masculino en una mujer.

La tesis que estoy desarrollando es que las culturas han creado un lazo entre la identidad genérica y la sexual, pero este lazo es histórico, no necesariamente el único, como lo indica el surgimiento de los hombres *gay masculinizados* (los “clones”) en la década de los años setenta en Estados Unidos. En particular, algunos trabajos recientes de estudiosos norteamericanos han enfatizado que el género hoy es, más que nada, una forma de mascarada o papel histriónico. Hay, por supuesto, diferencias fisiológicas mayores entre hombres y mujeres, y éstas son importantes; pero en sí mismas, ellas no determinan qué o quién seremos, tanto en nuestra identidad personal como social, excepto por el hecho de que las sociedades tienen tradiciones e instituciones que imponen conformidad. Aun las más rígidas culturas tienen sus desviados, pero generalmente son una imagen que refleja las normas dominantes. Y en la medida en que las sociedades occidentales se vuelven más pluralistas y menos dominadas por tradiciones atrincheradas, emergen más estilos de masculinidad y feminidad. Este mayor pluralismo de estilos de género —propongo— está luchando, en realidad, contra los esfuerzos realizados en el siglo XIX para definir los géneros en relación con ciertas prácticas sexuales, esfuerzo que denomino institucionalización de la heterosexualidad.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA HETEROSEXUALIDAD

Para continuar con este tema, veamos de nuevo las palabras y el lenguaje usado para describir la sexualidad. En particular, quiero comenzar viendo la historia de dos palabras clave que damos por buenas en la medida en que asumimos que tienen una aplicación universal: heterosexualidad y homosexualidad. De hecho, estos términos tienen un origen relativamente reciente, y yo mostraré que su invención, pues eso es lo que fue, es un importante indicador de cambios mayores. Para ser más precisos, el surgimiento de

ambos vocablos marca un momento crucial en la moderna delimitación y definición occidental de la sexualidad. Sin duda sorprenderá a muchos que el intento de definir la “homosexualidad” como forma “anormal” de la sexualidad haya sido lo que exigió una definición más precisa de “heterosexualidad”, en tanto norma, pero las evidencias disponibles en la actualidad sugieren que éste fue el caso.

Los dos términos fueron acuñados, según parece, por la misma persona: Karl María Kertbeny —autor austrohúngaro— y fueron utilizados en público por vez primera en 1869, por él mismo. El contexto en el cual surgieron estos neologismos fue crítico: un intento inicial de incluir en la agenda política de Alemania —por entonces en vías de unificarse— la cuestión de la reforma sexual, en particular la revocación de las leyes contrarias a la sodomía. Ambos términos fueron parte de una campaña incipiente —asumida más tarde por lo que sería la sexología—, con la finalidad de definir a la *homosexualidad* como una forma distintiva de sexualidad, una variante benigna a los ojos de los reformadores, contraria a la poderosa —aún sin nombre y mal definida— “sexualidad normal” (al parecer, otro de los neologismos de Kertbeny). Hasta ese momento, la actividad sexual entre personas del mismo sexo biológico había sido tratada bajo la categoría —multiusos— de sodomía; no era vista, por lo general, como la actividad de un tipo particular de personas, sino como una aptitud presente en toda naturaleza pecaminosa. Los promotores iniciales de un cambio de actitudes hacia las relaciones entre personas del mismo sexo estaban ansiosos de mostrar —por razones que exploraremos más adelante— que la homosexualidad era una marca distintiva de cierta clase de personas. Como Michel Foucault ha indicado, la sodomía era vista como una aberración eventual; el homosexual, en cambio, como miembro de una especie.

El despliegue de estos términos debe ser visto, por tanto, como parte de un esfuerzo mayor efectuado a fines del siglo xix y principios del xx por definir más estrechamente los tipos y formas de la identidad y el comportamiento sexual, lo que convirtió a la homosexualidad y la heterosexualidad en términos opuestos, de importancia crucial. En el proceso, sin embargo, las implicaciones de las palabras cambiaron sutilmente. La homosexualidad, en vez de ser vista como una variante benigna —como fue el intento del autor que acuñó el término—, se convirtió, en manos de pioneros de la

sexología como Krafft-Ebing, en una descripción médico-moral. La heterosexualidad —término descriptivo de la hasta entonces no teorizada norma— lentamente empezó a ser utilizada durante el siglo xx, aunque debe observarse que se propagó más lentamente que su contraparte. Una norma, quizás, no necesite una descripción explícita, pues se convierte en el marco prevaleciente de nuestra forma de pensar, en parte del aire que respiramos.

¿Cuáles son las implicaciones de este nuevo lenguaje, y cuáles las nuevas realidades que señala? En nuestros días, el sentido común da por hecho que estos términos marcan una real división entre la gente: hay “heterosexuales” y “homosexuales”, y hay otros términos para aquellos que no encajan bien en esta tajante división: los “bisexuales”. Pero el mundo real nunca es tan ordenado; recientes trabajos históricos han demostrado no sólo la existencia de otras culturas que no comparten esta forma de ver la sexualidad humana, sino también que la cultura occidental lo hace así desde hace relativamente poco tiempo.

No estamos afirmando, por supuesto, que lo que hoy conocemos como actividad heterosexual u homosexual no se diera antes del siglo xix. La tesis central es más sutil: la forma en que la actividad sexual es conceptualizada y, en consecuencia, dividida, tiene una historia, y es una historia importante. La discusión sobre los términos a fines del siglo xix indica un nuevo esfuerzo por redefinir la norma. Y una parte clave para esto fue la definición de las anormalidades. Ambos esfuerzos están enlazados de modo inextricable.

El intento por definir de manera más rigurosa las características del “perverso” (términos descriptivos como cleptomanía, sado-masoquismo, travestismo, para actividades relacionadas con lo sexual, surgieron a fines del siglo xix al lado de homosexualidad y heterosexualidad) fue un importante elemento en lo que yo llamo la institucionalización de la heterosexualidad, en el curso del siglo xix y el xx. En parte, esto fue un esfuerzo sexológico. La sexología asumió dos tareas distintas a fines del siglo xix: en primer lugar, trató de definir las características clave de lo que constituía la masculinidad y la feminidad normales, vistas como características biológicas distintivas del hombre y la mujer; en segundo lugar, al catalogar la infinita variedad de las prácticas sexuales produjo una jerarquía en la cual lo normal y lo anormal pudieran ser distinguidos. Para la mayoría de los pioneros de la sexología, las dos tareas estaban estrechamente ligadas: la elección de un objeto hetero-

sexual se vinculaba estrechamente con la relación sexual genital. Respecto a otras actividades, o bien eran aceptadas como juegos placenteros preliminares del coito, o bien condenadas como aberraciones.

La sexología, sin embargo, sólo estableció los términos del debate. La historia social de la heterosexualidad en el siglo xx es mucho más compleja que un simple reflejo sexológico. Es tentador verla como la suma total de todos los desarrollos en relación con la sexualidad del siglo, pues aun las cambiantes ideas acerca de la diversidad sexual adquieren sentido sólo en relación con una aparente norma natural. Sin embargo, podemos puntualizar algunos elementos clave que indican que la heterosexualidad ha sido, como institución, un fenómeno históricamente cambiante. Consideremos algunos ejemplos:

- Los cambios en la vida familiar y el reconocimiento de la diversidad en los patrones de vida doméstica, lo que indica que la familia, en sí misma, es una forma históricamente cambiante.

- Los cambiantes patrones de empleo y la completa incorporación de la mujer al trabajo asalariado, que han modificado, inevitablemente, el balance entre hombres y mujeres, aun cuando desigualdades mayores sobrevivan y permanezcan profundamente arraigadas.

- Los cambios en los patrones de fertilidad, la difusión de las técnicas de control natal, el aborto, etc., que han abierto nuevas posibilidades en las relaciones sexuales de hombres y mujeres.

- Un nuevo énfasis, en el siglo xx, en el sexo para el placer, reflejado en la explosión de textos relativos a cómo obtener placer sexual, cómo evitar la frigidez, la eyaculación prematura, etc., lo que ha servido para dar mucho mayor importancia a la idea de que las relaciones sexuales son un medio de unir las parejas. Estos cambios han afectado más a los hombres que a las mujeres, a los grupos con movilidad social más que los hundidos en el subdesarrollo o en situaciones de extrema pobreza. Más aún, la preocupación contemporánea por lo que Foucault ha llamado “el cuerpo y sus placeres” muestra que la sexualidad se ha separado, hasta cierto punto, de la reproducción, abriendo un camino que permite ver a la sexualidad como un asunto de elección.

Ciertas autoras feministas explican que lo que sucede es una institucionalización “compulsiva” de la heterosexualidad, que ata a las mujeres más fuertemente a los hombres (Rich, 1984; Jackson,

1987). La revolución sexual femenina ha sido moldeada —se afirma— por las necesidades de los hombres, de modo que la autonomía sexual femenina está tan limitada como siempre. Mi punto de vista es similar al que Anthony Giddens (1992) ha sugerido en su libro *The Transformation of Intimacy*: las mujeres han estado a la vanguardia de la revolución sexual en Occidente, pero el cambio ha sido inhibido por el continuo fortalecimiento del poder y la autoridad masculinos. En todo caso, el punto que interesa resaltar aquí es la poca atención que los historiadores y científicos sociales han prestado a este proceso de institucionalización, y a los efectos que ha provocado sobre hombres y mujeres.

Podemos decir que la avanzada del cambio —en Occidente— marcha hacia la democratización de las relaciones. Hoy, en la mayoría de los países occidentales, el ideal es la asociación igualitaria entre hombres y mujeres, con la idea de una relación comprometida como el núcleo de una vida familiar mutable. La familia, en sí misma, está cambiando, volviéndose una institución menos firme y jerárquica y más basada en un orden negociado. El disminuido papel económico de la familia, las cambiantes actitudes hacia el matrimonio y la alta prevalencia del divorcio, así como el énfasis en que las relaciones son un asunto de interés individual, han mostrado, como nunca antes, lo que una pareja puede lograr de una relación, especialmente en términos de satisfacción sexual y emocional. Una relación perdura en la medida en que provee estos componentes clave de la intimidad; cuando no lo hace, la intimidad se rompe, y los individuos la buscan en otro lugar. Como resultado de esto, hay una nueva contingencia en las relaciones personales, que produce tendencias contradictorias. Por un lado, se tiene el impulso hacia lo que llamaré democracia sexual, en la cual la autonomía y la elección se convierten en los patrones del éxito. Por otro lado, se tiene la presión contradictoria por continuar la división del trabajo entre hombres y mujeres, incluyendo una división emocional del trabajo, con las mujeres aún como responsables, en gran medida, de llevar el lado emotivo de la relación. Las mujeres *son* más independientes que nunca antes, pero esta independencia puede tener un costo no menor en los elementos de un contragolpe masculino, que va a la par de lo que se ha llamado la “crisis de la masculinidad”. A pesar de mucha oposición, en suma, la heterosexualidad institucionalizada se encuentra aún en el núcleo de nuestras relaciones sexuales e identidades genéricas.

INVENTANDO LA HOMOSEXUALIDAD

Volvamos ahora hacia la historia de la homosexualidad, acerca de la cual mucho se ha escrito en los últimos veinte años. ¿Qué implica para nuestra comprensión de las identidades sexuales? Puede parecer extraño mirar en detalle lo que a muchos parecería la actividad de una minoría. Pero creo que la comprensión de la historia de la homosexualidad arroja nueva luz sobre la construcción de la heterosexualidad, así como de la sexualidad en su conjunto.

Comenzaré con una afirmación escueta: antes del siglo XIX la “homosexualidad” existía, pero “el homosexual” no.

Poniéndolo simple, esto sugiere que, mientras la homosexualidad ha existido en todo tipo de sociedades y en todos los tiempos, con costumbres y normas sociales que han variado en su aceptación o rechazo, sólo desde el siglo XIX, comenzando en las sociedades industrializadas de Occidente, se ha desarrollado una categoría homosexual distintiva, asociada con una identidad. El surgimiento en Alemania y en otros países de Europa central y occidental —como en la Inglaterra del siglo XIX en las décadas de los setenta y ochenta—, de escritos acerca de —y, decisivamente, escritos por— homosexuales, constituyó un momento crítico de este cambio. Al definir un “sentimiento sexual opuesto” o la existencia de un “tercer” sexo o sexo “intermedio”, escritores como Karl Westphal, Karl Heinrich Ulrichs, Richard von Krafft-Ebing, Magnus Hirschfeld, Havelock Ellis, entre otros, intentaron mostrar el descubrimiento, o el reconocimiento, de un tipo distinto de persona, cuya esencia sexual sería significativamente distinta a la “heterosexual”, categoría también inventada, como ya hemos visto, más o menos al mismo tiempo.

No sostengo que estos recién definidos homosexuales fuesen quimeras imaginadas por tan distinguidos escritores. Por el contrario, ellos trataron de describir y explicar a estos individuos que encontraban en los tribunales, en sus prácticas médicas, entre sus amigos o en su propia vida personal (Ulrichs y Hirschfeld, por ejemplo, fueron homosexuales, mientras que Havelock Ellis se casó con una mujer que se decía lesbiana). Lo que yo sostengo, sin embargo, es que este nuevo entusiasmo por definir y categorizar, surgido a fines del siglo XIX, constituyó un cambio notable en la definición pública y privada de la homosexualidad, a la vez que

propició el surgimiento posterior —a fines de la década de los sesenta y principios de la de los setenta— de una abierta y desafiante política *gay* y *lésbica* en las ciudades norteamericanas. Ambos momentos representan una transformación decisiva de lo que significa ser sexual y señala el surgimiento de nuevas identificaciones sexuales; los dos simbolizan rupturas cruciales en los significados atribuidos a la diferencia sexual.

Entonces, ¿qué existía antes del siglo *xix*? El historiador estadounidense Randolph Trumbach (1989) detectó dos patrones principales de interacción homosexual en Occidente a partir del siglo *xii*, que a su vez son un reflejo de los internacionalmente dos grandes patrones de organización de la homosexualidad, según han revelado las evidencias de los antropólogos. Alrededor del año 1100 —dice Trumbach— empezó a surgir un patrón cultural específico de Occidente: matrimonio tardío y monógamo. Las relaciones sexuales fuera del matrimonio fueron prohibidas, pero se permitían bajo la forma de prostitución regulada. Todas las formas de actividad sexual no procreativa fueron consideradas pecaminosas, fuesen ellas solitarias, entre hombres y mujeres, hombres y hombres, u hombres y bestias (las relaciones entre mujeres, a veces advertidas, no merecieron la misma ignominia).

No obstante, las actividades homosexuales entre hombres ocurrían; eran usualmente practicadas entre un hombre activo y un adolescente pasivo. Generalmente, el hombre adulto tenía también relaciones sexuales con mujeres. El muchacho, por suponerse que adoptaría un papel activo al llegar a ser adulto, no sufría una pérdida de su estatus u hombría. Por el contrario, participar en un papel activo podía ser visto como un signo de hombría. Pero no ocurría lo mismo para aquellos que, siendo adultos, mantenían un rol pasivo: eran estigmatizados y a menudo se abusaba de ellos.

Este patrón ha sido muy común en varias partes del mundo. Es esencialmente el modelo de la antigua Grecia, que sobrevivió hasta bien entrado el siglo *xx*, particularmente en el litoral mediterráneo, aunque también en algunas subculturas de las sociedades occidentales. No obstante, desde principios del siglo *xviii* se superpuso gradualmente un segundo modelo, en el cual se asociaba cada vez más la conducta homosexual, fuese activa o pasiva, con lo afeminado, con una ruptura de los comportamientos genéricos aceptados o esperados. El surgimiento, a principios del siglo *xviii*, de subculturas de hombres travestis en Londres y otras grandes

ciudades de Occidente marca el cambio. Estos *mollies* (“maricas”) —como se les llamaba en Inglaterra— podían reconocer a otros como ellos y comenzar a definir algún sentido de diferencia e identidad. Hacia mediados del siglo XIX, esta clase de subcultura estaba bien desarrollada en ciudades como Londres, París o Berlín.

Básicamente, lo que parece haber sucedido es que la transformación de la vida familiar desde el siglo XVIII, y las tajantes distinciones entre los papeles masculinos y femeninos —tanto sociales como sexuales— a ella asociados, tuvieron el efecto de acrecentar la estigmatización de los hombres que no estaban dispuestos a conformarse con los papeles sociales y sexuales convencionales. Aquellos que se separaban de las expectativas sociales del ser hombre eran categorizados como hombres falsos, lo que Marcel Proust, a principios del siglo XX, llamaba el *homme-femme*. Las actitudes hacia las mujeres fueron significativamente diferentes, reflejando la subordinación social y sexual de la mujer, y la creencia de que ella no podía ser sexualmente autónoma, a lo cual regresaré en un momento.

Si este panorama es correcto, entonces lo que estaba ocurriendo a fines del siglo XIX —en países como Alemania o Gran Bretaña— era el resultado del desarrollo de subculturas que ya tenían un par de siglos de crecimiento. En Gran Bretaña, la racha de escándalos y casos judiciales —que culminó en el más famoso de todos: el juicio de Oscar Wilde en 1895— revelaron ante un asombrado público la existencia de un complejo mundo sexual subterráneo, al lado del nuevo y hegemónico sexo respetable. La teorización de *the urning* o “tercer sexo”, por escritores como Ulrichs, Hirschfeld o Edward Carpenter puede, entonces, ser vista como la descripción de un tipo de persona que ya se había diferenciado a sí misma de la norma. De manera simultánea, la construcción de la categoría sexológica y psicológica de “el homosexual”, a cargo de los nuevos científicos del sexo a fines del siglo XIX, fue un intento por definir las leyes naturales que explicarían lo que genealmente era visto como una patología. Del mismo modo, los cambios legales —por ejemplo en Alemania y Gran Bretaña— que endurecieron las penas contra la homosexualidad masculina marcaron un intento por regular y controlar la perversidad sexual.

Estos desarrollos representan, en cierto sentido, la racionalización de procesos de larga duración, sin los cuales la nueva racionalidad no hubiera sido posible; sin embargo, esto es sólo parte de la

historia. Al igual que la explosiva irrupción —en 1969— del movimiento de liberación *gay* en Estados Unidos, que surgió como consecuencia de las ya bien establecidas redes comunitarias, pero que dio lugar a algo enteramente novedoso, así también los cambios de fines del siglo *xix* colocaron un nuevo fundamento al discurso de la homosexualidad. Ésta se convirtió en una categoría científica y sociológica, y se clasificó la perversidad sexual de una nueva manera, lo que tuvo, desde entonces, efectos inevitables sobre las prácticas médicas y legales. Así se construyó la idea de una naturaleza distintiva —y quizás exclusiva— de lo homosexual. Pero probablemente todavía más importante es que esto inició una nueva fase de la actividad homosexual misma, de autodefinición ante los esfuerzos por definir nuevas normas médicas y psicológicas.

Desde el siglo *xix* emergió, en los trabajos científicos, un nuevo modelo de “el homosexual”, aunque hubo toda clase de disputas biológicas, hormonales, contextuales y psicológicas acerca de la explicación para este extraño fenómeno (Plummer, 1981). El modelo proporcionó, en cierto sentido, la norma alrededor de la cual las personas así definidas estaban constreñidas a vivir sus vidas, incluso hasta hace pocos años. Pero las vidas eran singularizadas, por supuesto, por muchos otros factores. Las diferencias de clase en los estilos de vida *gay* existían —al menos— desde el siglo *xix*, antes aún de que Oscar Wilde “se agasajara con panteras”, como él describió sus andanzas con jóvenes de la clase obrera. Más recientemente, hemos sido forzados a recordar que en Occidente hay también marcadas diferencias étnicas y raciales en las actitudes y reacciones ante la homosexualidad (véase más abajo). Pero las diferencias mejor documentadas son las que existen entre hombres y mujeres.

El modelo de lo homosexual que emergió en el siglo *xix* buscaba explicar a hombres y mujeres en los mismos términos, como si hubiese una misma causa y características comunes. De hecho, el modelo se basó, excesivamente, en la homosexualidad masculina, aunque no era directamente aplicable a la mujer. Investigadoras lesbianas han documentado las maneras en que las relaciones íntimas entre mujeres formaban parte de un *continuum* de estrechas relaciones, en las cuales no se desarrolló una identidad claramente lésbica sino hasta nuestro siglo. Hombres y mujeres

eran clasificados bajo la misma etiqueta; sus historias, sin embargo, eran diferentes (Vicinus, 1989).

Con lo dicho hasta ahora, debiera ser claro que la nueva historia de la homosexualidad es una historia de identidades: de su surgimiento, sus complejidades y transformaciones. Esto no agota, por supuesto, el tema de la homosexualidad. Muchas de las actividades con el mismo sexo nunca han sido definidas como tal, ni afectan radicalmente el sentido del yo: las relaciones en instituciones cerradas —como las prisiones—, en encuentros casuales o en vínculos de uno a uno son vistas como especiales, pero no definitorias. Para que surjan identidades distintivas, y para que se sitúen ellas mismas contra las normas heterosexuales de nuestra cultura, se requiere algo más que actividad sexual, o incluso que deseo sexual: la posibilidad de alguna clase de espacio social, de una red de apoyo que dé sentido a las necesidades individuales.

El surgimiento de espacios urbanos a partir del siglo XVIII, que hizo posible tanto la interacción social como el anonimato, fue un elemento fundamental para el desarrollo de una subcultura homosexual. La creciente complejidad, y la diferenciación social en la moderna sociedad industrial de Estados Unidos y Europa —a fines del siglo pasado— proporcionó una oportunidad crucial para la evolución de la homosexualidad masculina y la identidad lésbica de este siglo. Más recientemente, los historiadores *gay* han mostrado el papel esencial jugado por el desarrollo de comunidades altamente organizadas en ciudades como San Francisco, Nueva York, Sydney, etc., para proporcionar los elementos necesarios de la organización de masas de políticas *gay*.

En la medida en que la sociedad civil de los países occidentales se ha vuelto más compleja, más diferenciada, más segura de sí y más madura, en esa medida las comunidades *gay* y lésbicas se han convertido en parte importante de ella. De manera creciente, la homosexualidad se ha vuelto una opción, una posibilidad a seguir, algo imposible en una sociedad más jerárquica y monolítica. La existencia de un modo de vida *gay* ofrece a las personas la oportunidad de explorar sus necesidades y deseos de un modo literalmente inimaginable en un periodo anterior. Ésta es, desde luego, la razón por la cual la homosexualidad suele aún ser vista con temor por aquellos que están casados con el *statu quo* moral, a la izquierda o a la derecha del espectro político. La existencia de identidades *gay* y lésbicas positivas simboliza un crecimiento de la pluralidad

de la vida social, y la expansión de las elecciones ofrecidas por la sociedad al individuo.

Hay una paradoja en lo que está ocurriendo. Por un lado, la creciente tolerancia hacia la homosexualidad —en grandes sectores de Occidente— indica la ruptura de algunas de las distinciones que he esbozado entre la homosexualidad y la heterosexualidad. Recientemente, algunos estudiosos han afirmado que, de hecho, estamos presenciando una conjunción de elementos en los estilos de vida. Ya he mencionado las transformaciones de la intimidad que están afectando a la vida familiar heterosexual. Puede afirmarse que las relaciones heterosexuales se están pareciendo a las homosexuales, en el sentido de que están basadas en relaciones más o menos igualitarias, y en las que la elección individual del estilo de vida se está enfatizando. Pienso que hay un fuerte componente de verdad en esto. Pero, por otro lado, también puede sostenerse que el desarrollo de las identidades *gay* y *lésbicas* —en la mayoría de los países occidentales— ha fortalecido la distinción entre heterosexualidad y homosexualidad, y ha diluido en algo la fluidez entre relaciones que suelen existir en algunas culturas, en las cuales la distinción no ha sido tan fuerte o inmediata. La difusión de la epidemia del sida ha mostrado a las comunidades la necesidad de apoyar a quienes han sido afectados, que, en su mayoría —en los países occidentales— han sido hombres *gay*, al menos en los primeros momentos de la epidemia. La existencia de comunidades *gay* fuertes suministró el apoyo material y emocional necesario para atender a los afectados, en momentos en que los gobernantes eran indiferentes u hostiles, y la opinión pública prejuiciada y temerosa.

Lo que se muestra, nuevamente es el cambiante papel de las identidades sexuales, que pueden ser impuestas, aprisionantes y limitantes de la elección; las identidades —como he sugerido— no son algo sencillo.

REPENSANDO LAS IDENTIDADES SEXUALES

Miremos ahora el asunto de las identidades sexuales en un contexto más amplio. La idea de una *identidad sexual* es ambigua. Para muchos —en el mundo moderno— es un concepto absolutamente indispensable que ofrece un sentido de unidad personal, ubicación

social y aun compromiso político. Quizá algunos digan “soy heterosexual”, pues es un valor que se da por descontado. Pero decir “soy gay” o “soy lesbiana” es declarar una pertenencia, y asumir una postura específica en relación con los códigos sexuales dominantes.

Pero, al mismo tiempo, las evidencias que ya hemos presentado indican que tales identidades son cultural e históricamente específicas, seleccionadas entre una multitud de posibles identidades sociales, no atribuibles a un impulso o deseo sexual particular; ellas no son —de hecho— partes esenciales de nuestra personalidad. Cada vez somos más conscientes de que la sexualidad es tanto un producto de la naturaleza, como de la lengua y la cultura. Y a la vez nos esforzamos constantemente por fijarla, establecerla, decir a través de nuestro sexo quiénes somos nosotros.

¿Qué tan importante es, entonces, la identidad sexual, y qué nos dice acerca del problema de la identidad, en el mundo moderno y el posmoderno? Varios aspectos pueden ser rastreados acerca de la identidad.

La identidad como destino

Tal es el supuesto que subyace a la tradición esencialista que ya hemos delineado; es el destino de Herculine Barbin descrito por Foucault; es lo que apuntala frases como “la biología es destino”; es lo que supone que el cuerpo expresa alguna verdad fundamental. Pero como hemos visto, tales supuestos, a su vez, tienen una historia. Todo lo que ahora sabemos acerca de la sexualidad socava la idea de que existe un destino sexual predeterminado por la morfología del cuerpo. Debemos, por tanto, encontrar la justificación de la identidad en otro lugar.

Identidad como resistencia

Algunos teóricos sociales de la década de los años cincuenta fueron los primeros en discutir, explícitamente, la cuestión de la identidad, tratando el punto de la “crisis de identidad”: sociólogos y psicólogos como Erik Erikson y Erving Goffman (véase en especial *Stigma* de Goffman, 1968). Para estos autores, la identidad personal equivalía, aproximadamente, a la individualidad, a un fuerte sentido del yo, alcanzado mediante una lucha contra el peso de las convenciones sociales. Para las “minorías sexuales”, que —por

aquel entonces— adquirían un nuevo sentido de su diferencia e individualidad, y, especialmente para los hombres homosexuales y las lesbianas, el descubrimiento de la identidad fue como para el explorador descubrir un mapa de un nuevo país. Como Plummer ha propuesto, el proceso de categorización y autocategorización, es decir, el proceso de formar una identidad, puede ser controlante, restrictivo e inhibitorio, pero puede, a la vez, ofrecer confort, seguridad y confianza (Plummer, 1981).

Por ello, la preocupación por la identidad entre los sexualmente marginados no puede ser explicada como el efecto de una peculiar obsesión personal por el sexo. Es más adecuado considerarla como una fuerte resistencia a los principios organizativos de las actitudes sexuales tradicionales. Los radicales sexuales han sido quienes más han insistido en politizar la cuestión de la identidad sexual. Pero el tema ha tenido su configuración, en mucho mayor medida, gracias a la importancia que nuestra cultura asigna al “correcto” comportamiento sexual.

El interés por la identidad es mucho más amplio que la preocupación de los sexualmente marginados. Yo diría que forma parte de la ruptura con las narrativas tradicionales y de la creciente diversidad de la vida social.

La identidad como elección

Esto nos lleva a la cuestión del grado en que las identidades sexuales son, a final de cuentas, decisiones adoptadas con libertad. Se dice que mucha gente “anda a ciegas” hacia su identidad, más golpeado por las circunstancias que guiado por su voluntad. Se han identificado cuatro momentos característicos en la construcción de una identidad personal estigmatizada:

Sensibilización: el individuo adquiere conciencia de su diferencia de la norma mediante una serie de encuentros en que es llamado *sissy* o *tomboy* (afeminado o machorra).

Significación: el individuo, hombre o mujer, empieza a dar significado a sus diferencias cuando adquiere conciencia del rango de posibilidades de su mundo social.

Subculturización: momento del reconocimiento de sí mismo, involucrándose con otros, por ejemplo, a través de los primeros contactos sexuales.

Estabilización: momento de aceptación plena de los sentimientos y la forma de vida propios de uno, al enrolarse, por ejemplo, dentro de una subcultura que apoye a personas con las mismas inclinaciones (Plummer, 1981).

No hay progresión automática a través de estos momentos. Cada transición depende tanto de las oportunidades como de las decisiones. No es necesario aceptar un destino final, una identidad sociosexual explícita como *gay* o lesbiana, por ejemplo. Algunos individuos son forzados a tomar decisiones tras ser públicamente estigmatizados, a través, por ejemplo, de un arresto y un juicio por ofensas sexuales. Otros adoptan identidades abiertas por razones políticas.

Esto implica que los sentimientos y los deseos sexuales son una cosa, mientras que la posición subjetiva, la identificación con una posición social particular y la organización del sentido del yo, es decir, la identidad, es otra. No hay conexión necesaria entre comportamiento e identidad sexual.

Tómese por ejemplo la estadística mejor conocida de Alfred Kinsey: 37% de los hombres de su muestra había tenido experiencias homosexuales para llegar al orgasmo; sin embargo, quizá menos de 4% era exclusivamente homosexual, y aun ellos no expresaban necesariamente una identidad homosexual (Kinsey *et al.*, 1948). Así, tenemos una evidente paradoja: hay quienes se identifican como *gays* y participan en comunidades *gays*, pero quizá no tienen actividad sexual; otros, en cambio, son activos homosexuales (como es bien conocido, por ejemplo, en las prisiones), pero rechazan la etiqueta de “homosexual”.

La conclusión es inevitable. Los sentimientos y deseos pueden estar profundamente arraigados y estructurar las posibilidades individuales. Las *identidades*, en cambio, pueden ser elegidas, aunque la elección nunca sea libre, y —en el mundo moderno occidental, con sus preocupaciones por la “verdadera” sexualidad— sea, a menudo, muy controversial.

Veamos un ejemplo. Los problemas discutidos durante la década de los años ochenta respecto a la raza y la etnicidad cuestionaron muchos de los supuestos relativos a la naturaleza unitaria de las identidades lésbica y *gay*, aparecidas en público poco tiempo antes. El resultado fue el resaltar las diferentes implicaciones que tiene la homosexualidad para distintas comunidades, y,

por tanto, los diferentes significados que en ellas toma. Citemos, por ejemplo, los comentarios de un *gay* asiático:

Nuestra comunidad [es decir, la comunidad asiática] nos proporciona un espacio protector... [Las familias] suelen ser baluartes contra el racismo individual e institucional que a diario encontramos... Pero al descubrir nuestra sexualidad, ella nos separa de nuestra familia y comunidad, más aún que a una persona blanca... Lo más común es que vivamos dos vidas, ocultando nuestra sexualidad ante la familia y los amigos, con el objetivo de mantener nuestros vínculos con la comunidad, a la vez que expresamos nuestra sexualidad fuera de la comunidad (Weeks, 1990: 236).

Este testimonio es importante en dos sentidos. En primer lugar, ilustra el punto que ya hemos señalado: las identidades sexuales son definiciones sociales, sujetas, por tanto, a cambios y negociaciones; sus significados no son algo fijo, válido para cualquier tiempo y lugar. Pero, en segundo lugar, las identidades sexuales tampoco son exhaustivas, es decir, que sólo parcialmente dirigen la vida de alguien, y pueden ser radicalmente debilitadas por otras situaciones sociales de la vida, tales como las relaciones de clase, género y raza.

Ambos puntos nos sirven para subrayar, una vez más, nuestra tesis central: los significados sexuales son fundamentalmente sociales, imbricados en —y conformados por— las complejas relaciones sociales que componen el mundo. Esto significa que, en realidad, la cuestión de la identidad es una cuestión en extremo política. De aquí se desprende otro punto: en vez de contemplar a la sexualidad como un todo unificado, debemos reconocer que hay varias formas de sexualidad; de hecho, muchas sexualidades. Hay sexualidades de clase, sexualidades específicas de un género, sexualidades raciales y sexualidades elegidas o combatidas. La invención de la sexualidad no es un evento singular, perdido ahora en un pasado remoto; más bien es un proceso continuo sobre el cual actuamos y en el que a la vez somos actores, objetos y agentes del cambio. De forma inevitable, la cuestión de la identidad sexual nos conduce a la política.

La identidad como política

El origen social de las identidades indica su alta politicidad; de hecho, puede afirmarse que toda política moderna gira, en gran

medida, alrededor de la identidad, en uno u otro sentido. Las políticas feministas y *gays* no pueden estar basadas en categorías esencialistas; son una identidad política necesaria para combatir las relaciones de poder que inhiben la autonomía, las posibilidades de elegir la expresión del yo y el logro de la solidaridad humana.

Una de las características del mundo posmoderno es la curiosa dialéctica entre lo global y lo local, lo universal y lo particular. Somos ciudadanos de una aldea global; buscamos valores comunes como los moradores comunes de un planeta amenazado. De manera simultánea, afirmamos lo que nos diferencia, lo que nos hace *gays* y no rectos, negros y no blancos, mujeres y no hombres. Esta tensión parece ser el inevitable producto del complejo mundo en que vivimos: no hay escape; esto es lo que hace que las políticas sobre la identidad sean tan problemáticas como cruciales. El localismo es, en parte, un lamento por el mundo al que pertenecemos, en el cual la velocidad de los cambios parece empujar a todas las cosas fuera del control humano. Pero es también una oportunidad para reconocer que nuestro único mundo es diverso, y que debemos encontrar la unidad como seres humanos a través del reconocimiento de nuestras diferencias como sujetos individuales.

Esto señala una actividad política relativa a la aceptación y valorización de la identidad. La sexualidad puede ser vista como un *test* de las políticas de la diversidad (Weeks, 1986).

Sexualidad y género nunca han carecido de una connotación política. Desde el siglo XIX, las relaciones entre los sexos y las morales sexuales han sido, de una forma u otra, temas de la agenda política, en asuntos tales como lo absurdo de la pobreza, la calidad de la raza, el sentido de la vida familiar, los objetivos del estado de bienestar, o las relaciones apropiadas entre lo público y lo privado. Todas estas temáticas han sido construidas sobre —y a su vez han reproducido y recirculado— asuntos de género y sexualidad. Y al mismo tiempo, han existido corrientes más o menos continuas de oposición, narrativas o “contradiscursos”, políticas tales como la feminista y la homosexual o el radicalismo sexual, que en los últimos años han cambiado los términos del debate. Lejos de estar encima o más allá de la política, la sexualidad ha estado, desde hace mucho, en su centro.

Pero como ya he sugerido, el cambiante mundo sexual es más que el producto de los movimientos político-sexuales a los que ha dado lugar; es el resultado de profundos cambios, de los cuales el

feminismo y los movimientos lésbico y *gay* son, simultáneamente, forjadores y productos. La creciente complejidad de las relaciones sociales —resultante de los profundos cambios que agitan el mundo— está destruyendo la vieja división sexual del trabajo, transformando las relaciones familiares, alterando el balance entre generaciones, abriendo nuevas posibilidades sexuales, dando nuevas oportunidades para la construcción o realización de nuevos deseos e identidades sexuales, y creando nuevos sujetos políticos, activos en la creación de un nuevo mundo social y sexual.

El feminismo es producto de una fuerza social y política mayor, cuya ambición es nada menos que la transformación de las profundamente arraigadas relaciones de género. Los movimientos *gays* cuestionan el privilegio de la heterosexualidad, basados en las nuevas comunidades de identidad que han surgido en el mundo occidental. Ambos se han convertido en fuerzas sociales y actores políticos de gran importancia, ilustrando los dramáticos cambios que han irrumpido, así como la nueva diversidad y complejidad de las relaciones sociales. No debe causar sorpresa que estas nuevas fuerzas enfrenten oposición: uno de los objetivos de la “nueva derecha” —desde la década de los años setenta— ha sido, precisamente, confrontar los logros y esperanzas de la política feminista y *gay*. La sexualidad se ha convertido en un campo de batalla, sin precedentes.

Han surgido varios puntos simbólicos clave, sujetos a conflictos y controversia:

Aborto: relativo a los límites de la libertad de las mujeres para decidir y tener control sobre sus cuerpos.

Pornografía: relativo al poder de la representación visual y de quién debe controlar lo que debe ser explícito en el campo de lo sexual.

Educación sexual: relativo a lo que debe ser enseñado a los jóvenes; la prioridad que debe darse a los valores morales y familiares tradicionales, así como a los alternativos.

Elección sexual: relativo a los límites de la elección; ¿qué credibilidad puede darse a las demandas de *otras* minorías sexuales que han surgido a raíz de la liberación *gay*, incluyendo los seguidores de la paidofilia y el sadomasoquismo?

Sida: ¿Cuáles son los vínculos entre moralidad, enfermedad y sexo?, ¿cuáles son las responsabilidades de los individuos y cuáles las de la sociedad?

Ninguna de estas cuestiones es sencilla; algunas de ellas, como el asunto de la pornografía y la libertad de elección sexual, han dividido tajantemente a las feministas, creándose extrañas alianzas entre feministas radicales y defensores de la moral puritana. Pero, en el fondo, la división es clara.

Por un lado, hay un fuerte absolutismo moral que busca —y que suele encontrar— su cuerpo de verdades, la verdad. Muchas personas han reaccionado al cambio y la disrupción de los valores tradicionales buscando nuevas certidumbres, en especial mediante la reafirmación de los —mitológicos— valores familiares. En Estados Unidos, la moral *reaganiana* de la década de los ochenta no fue del todo exitosa, legislativamente hablando, pero tuvo sus triunfos locales y ha dejado como herencia un gran número de propuestas a la Suprema Corte, que sobrevivirán por mucho tiempo a los felices guerreros de la derecha norteamericana. En Gran Bretaña, el espacio sexual se restringió luego de ser aprobada la famosa “sección 28”, que proscribió la “promoción de la homosexualidad” como una “pretendida relación familiar” (Weeks, 1989).

Por otro lado, hay una creciente aceptación de la diversidad sexual y del pluralismo moral. El reto está lleno de dificultades, pues implica aceptar el riesgo de vivir en la incertidumbre. Los partidarios del pluralismo moral reconocen diferentes necesidades y deseos, y también, por consiguiente, la posibilidad de conflictos, con todas las dificultades que esto puede acarrear. Pero también reconocen que el mundo está cambiando y que es imposible, e indeseable, pretender establecer una forma única y “correcta” de comportamiento, aplicable a todo mundo.

Las dos posiciones han quedado bien mostradas en relación con la epidemia del sida, una crisis social y cultural tanto como médica y moral. Éste será el tema de mi siguiente plática.

Traducción de Enrique Dávalos López

BIBLIOGRAFÍA

- Erikson, Erik (1968), *Identity: Youth and Crisis*, Londres, Faber and Faber.
Foucault, Michel (1979), *The History of Sexuality, vol.1, An Introduction*, Londres, Allen Lane.

- (1980), *Herculine Barbin, Being the Recently Discovered Memoirs of a Nineteenth Century French Hermaphrodite*, Brighton, The Harvester Press.
- Giddens, Antony (1992), *The Transformation of Intimacy*.
- Goffman, Erving (1968), *Stigma. Notes on the Management of Spoiled Identity*, Harmondsworth, Penguin Books.
- Jackson, Margaret (1987), "Facts of Life or the eroticisation of women's oppression? Sexology and the social construction of heterosexuality", en Caplan, Pat (ed.) (1987), *The Cultural Construction of Sexuality*, Londres, Tavistock.
- Kinsey, Alfred *et al.* (1948), *Sexual Behavior in the Human Male*, Filadelfia y Londres, W.B. Saunders.
- (1953), *Sexual Behavior in the Human Female*, Filadelfia y Londres, W.B. Saunders.
- Kooten Niekerk, Anja van y Theo van der Meer (eds.) (1989), *Homosexuality, Which Homosexuality?*, Londres, GMP Publishers.
- Luhmann, Niklas (1986), *Love as Passion*, Cambridge, Polity Press.
- Plummer, Kenneth (ed.) (1981), *The Making of the Modern Homosexual*, Londres, Hutchinson.
- Rich, Adrienne (1984), "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence" en Snitow, A. *et al.* (eds.) (1984), *Desire: The Politics of Sexuality*, Londres, Virago.
- Snitow, Ann *et al.* (eds.) (1984), *Desire: The Politics of Sexuality*, Londres, Virago.
- Trumbach, Randolph (1989), "Gender and Homosexual Role in Modern Western Culture: The 18th and 19th Centuries Compared", en Van Kooten Niekerk, A. y Theo Van der Meer (eds.) (1989), *Homosexuality, Which Homosexuality?*, Londres GMP Publishers.
- Vance, Carole (1984), "Pleasure and Danger: Towards a Politics of Sexuality", en Vance (ed.), *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- Vicinus, Martha (1989), "They wonder to which sex I belong: The Historical Roots of the Modern Lesbian Identity", en Van Kooten Niekerk, A., y Theo Van der Meer (eds.) (1989), *Homosexuality, Which Homosexuality?*, Londres, GMP Publishers.
- Weeks, Jeffrey (1985), *Sexuality and its Discontents: Meanings, Myths and Modern Sexualities*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- (1986), *Sexuality*, Londres, Tavistock.
- (1989), *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, 2a. ed., Harlow, Longman.
- (1990), *Coming Out: Homosexual Politics in Britain from the Nineteenth Century to the Present*, 2a. ed., Londres, Quartet.

